

2020

## Simbolismo y metáfora: Paralelismos filosóficos en “La Biblioteca de Babel” de Jorge Luis Borges

Alberto Fernández-Diego  
*University of Florida*

Follow this and additional works at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular>



Part of the [Metaphysics Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

### Recommended Citation

Fernández-Diego, Alberto (2020) "Simbolismo y metáfora: Paralelismos filosóficos en “La Biblioteca de Babel” de Jorge Luis Borges," *Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture*: Vol. 5 : Iss. 1 , Article 5.

Available at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular/vol5/iss1/5>

This article is brought to you freely and openly by Volunteer, Open-access, Library-hosted Journals (VOL Journals), published in partnership with The University of Tennessee (UT) University Libraries. This article has been accepted for inclusion in Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture by an authorized editor. For more information, please visit <https://trace.tennessee.edu/vernacular>.

## **Simbolismo y metáfora: Paralelismos filosóficos en “La Biblioteca de Babel” de Jorge Luis Borges**

El relato titulado “La Biblioteca de Babel” de Jorge Luis Borges nos cuenta la historia de un hombre cuya vida ha transcurrido en “la Biblioteca” (sinónimo de “universo”) y que ha pasado sus años buscando algo que ni él ni ningún otro morador de la misma ha podido encontrar (su razón de ser, sus límites, el contenido de sus obras, etc.). El texto está narrado en primera persona por el protagonista, que nos hace partícipes de la frustración que se ha apoderado de él en sus últimos años de su vida, después de dedicar toda su biografía a intentar, sin éxito, descifrar los contenidos de la Biblioteca para así poder comprenderla. La tesis de este artículo consistirá en defender que el cuento presenta una metáfora de las propuestas ideológicas sucesivas a lo largo de la historia de la filosofía, empleando símbolos y metáforas relativos a los sistemas filosóficos relevantes en la civilización Occidental. Para defender esta tesis, se ofrecerá un recorrido por las referencias filosóficas a lo largo del cuento.

No faltan intentos de interpretar las palabras del relato al pie de la letra. Tales perspectivas pecan de superficiales, en la medida en que los datos ofrecidos por Borges son más bien una especie de símbolos o de metáforas, más que de un intento de ofrecer una descripción realista de una biblioteca. De hecho, algunas de estas perspectivas no hacen sino confirmar lo errado y superficial de tales interpretaciones, sin perjuicio del interés de algunas de ellas que, al fin y al cabo nos sirven para comprobar lo limitadas que son tales vías interpretativas. Dos buenos ejemplos de ello son los artículos “Construir la Biblioteca de Babel,” de Antonio Toca Fernández y “Entropía y complejidad en *La Biblioteca de Babel*,” de Manuel Martínez Morales.

En el primero de ellos se defiende la relevancia de la arquitectura en “La Biblioteca de Babel” y en toda la obra de Borges. Pese a que parece darse cuenta de la limitación de hacer una lectura del relato en esa clave, al decir que “parece ocioso investigar si una Babel—un universo completo—se puede construir,” concluye su escrito defendiendo una conclusión poco razonable acerca de la posibilidad de existencia de la Biblioteca en tanto que construcción arquitectónica (Toca Fernández 42). De acuerdo con Toca Fernández, “si a este universo hipotético se le ponen límites, sería entonces una Biblioteca cuyo tamaño no sería tan desmesurado” (43). No podemos estar de acuerdo con esta tesis, que parece contradecir todo cuanto se dice en el relato. Precisamente lo que imposibilita la creencia en que a largo plazo pueda encontrarse cartografiarse la Biblioteca, es su supuesta ausencia de límites. Algo que sumado al contenido sin sentido de muchos de sus libros, hace que sus habitantes acaben tan desorientados como cuando comenzaron sus vidas.

En segundo lugar, el artículo de Manuel Martínez Morales analiza el relato desde una perspectiva matemática, empezando por ofrecer la fórmula del número exacto de combinaciones posibles basándose en los veinticinco símbolos del abecedario, considerando “las 80 letras por renglón, 40 renglones por páginas, 410 páginas por libro,” tal cifra sería “ $K = ((2580)_{40})_{410}$ ” (249). El autor acaba su artículo mostrándonos cómo el resultado de pensar la Biblioteca con los datos que nos ofrece Borges, nos conduce a aceptar que “...nos vemos obligados a renunciar a esa elegante esperanza que era la alegría del bibliotecario borgeano: la posibilidad de encontrar un orden en el desorden. (...) ...Babel es el total desorden, el caos absoluto” (257). Dicho con otras palabras, al final del artículo, las características de la Biblioteca ofrecidas por Borges encajan con la conclusión a la que llega el narrador desesperado: no hay manera de dar con las claves, no se puede llegar a comprender ni a tener acceso a los contenidos de la Biblioteca. No al menos desde la racionalidad humana.

Aunque este tipo de interpretaciones no dejan de tener relevancia para el estudio de “La Biblioteca de Babel,” en la medida en que aportan nuevas perspectivas, pensamos que obviar otro tipo de interpretaciones como la que aquí presentaremos, significa quedarse en la superficie. Tiene razón Lisa Block de Behar cuando defiende que “dealing with a library in an enigmatic story, contaminated by unreality, to reason according to a realistic logic would be neither logical nor realist” (55). En efecto, la Biblioteca está contaminada de irrealidad. ¿Tiene sentido tratar de tomarse en serio la Biblioteca en tanto que proyecto arquitectónico? Pensamos que no.

“La Biblioteca de Babel” es, desde el principio, muy rico en referencias a la filosofía, y en la primera frase se nos ofrece la primera gran pista: el término “Biblioteca” es una metáfora del propio universo. Por extensión, el lector ya se encuentra impelido desde la primera oración a hacer una lectura metafórica del cuento. La Biblioteca no es sino el símbolo del universo, de la realidad; de la misma forma que el universo tiene una configuración para quienes la habitamos, la Biblioteca tiene otra. De ese modo, la estructura y los contenidos de la Biblioteca, es decir, las galerías, los hexámetros, los cinco anaqueles de cada hexágono, los treinta y cinco libros de cada anaquel, las cuatrocientas diez páginas de cada libro, los cuarenta renglones de cada página y las ochenta letras de cada renglón parecen tener un simbolismo, una razón de ser análoga en el universo que nosotros conocemos (Borges 86-88). He aquí el inicio de lo fantástico perturbador del relato y que lo convierte de golpe en un cuento fantástico. ¿De dónde la Biblioteca? ¿Por qué la Biblioteca? ¿Cómo la Biblioteca y sus pobladores?

Hay investigadores que se han inclinado por ver la presencia de lo perturbador (*uncanny*) freudiano en el momento en el que Borges se sitúa fuera de su propio relato cuando formula la pregunta, “Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?”

(Borges 98). Tal es el caso de Ana Rodríguez Navas, en su artículo “Interpelación y ruptura en ‘La Biblioteca de Babel’ y ‘El Aleph’ de Jorge Luis Borges.” Sin embargo, otros nos inclinamos por defender que lo perturbador aparece más bien desprendido de la inmensidad de la Biblioteca y de su presencia omniabarcante y, a la vez, silenciosa y casi despoblada. Podríamos decir que de la soledad de los *imperfectos bibliotecarios* nace lo perturbador, lo siniestro.

Otro dato que refuerza la interpretación del relato como una metáfora de la historia de la filosofía es la naturaleza únicamente humana de sus habitantes, así como la definición de hombre como “el imperfecto bibliotecario” (Borges 88). A lo largo del relato no se menciona ningún otro ser vivo más que el ser humano; nada se dice acerca de cómo se alimentan los moradores de la Biblioteca, ni se mencionan animales o plantas en ningún momento. ¿Cómo se ha alimentado el narrador a lo largo de su vida? Cobra fuerza así la interpretación de la Biblioteca como una metáfora del mundo racional, un espacio al que sólo tienen acceso los animales racionales (es decir, el hombre), porque se trata de una cuestión filosófica, de la conciencia de la estructura de lo real (metafísica). He aquí la definición aristotélica de hombre: el hombre es el único animal racional. Sólo hay hombres en la Biblioteca, porque solo a través de la autoconciencia (es decir, racionalmente), puede reflexionar sobre ella: su estructura, sus contenidos, su extensión, su ubicación, etc. Todo ello sin olvidar las reveladoras palabras del narrador al final del relato, cuando dice que “...sospecho que la especie humana—la única—está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta” (98). En otras palabras: sin autoconciencia—cúspide de la racionalidad—no habría sujeto alguno en la Biblioteca.

Ahora bien, el trasfondo aristotélico no es ni mucho menos el único que puede rastrearse en el relato. Otra característica clave de la Biblioteca es su propia arquitectura, cuya explicitación ya tiene lugar en la primera frase del relato. En efecto, las galerías que componen la Biblioteca “son hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas” (86). Además, las galerías están contiguas unas de otras y son invariables. Mucho se podría decir de lo simbólico de tal disposición. En primer lugar, el hexágono, que, como bien señala el ya mencionado Toca Fernández en su artículo, nos hace pensar en la estructura hexagonal de las colmenas (Toca Fernández 42).

La situación central del pozo de nuevo pone de manifiesto la simetría perfecta reinante en la Biblioteca. Se trata de la “arquitectónica de la razón” formulada por Kant y que, como es bien sabido, supuso un giro copernicano en la historia de la filosofía. De este modo, lo que Borges parece mostrarnos con la estructura de la Biblioteca son las condiciones a priori de la sensibilidad kantianas que, para el filósofo de Königsberg, eran el espacio y el tiempo. Dicho con otras palabras: si se piensa, decía Kant, se piensa así, enmarcado en el espacio y en el tiempo. Del mismo modo, si se está en la Biblioteca, se está en hexágonos, pozos centrales, barandas bajísimas, anaqueles y libros. En el artículo “La nième lecture de La Bibliothèque de Babel de Jorge Luis Borges,” leemos esta misma tesis, aunque no asociada a la filosofía kantiana: “la seule limite, en Somme, imposée à la *Bibliothèque*, entendons à la création, lui vient de l’homme, de sa capacité de concevoir” (Perera San Martín 38).

Podemos notar cómo Borges menciona el término “corolario” cuando escribe que “...esa verdad cuyo corolario inmediato es la eternidad futura del mundo,” en referencia al primer axioma de la Biblioteca (Borges 88). El término “corolario” hace referencia a una consecuencia necesaria de una proposición. Si bien tal palabra no tiene vinculación necesaria

con el campo de la filosofía, la aplicación del término para un ámbito ajeno al de las matemáticas nos hace pensar en Spinoza y en su célebre “Ética demostrada según el orden geométrico.” Sus pretensiones, hoy ridículas, consistieron en aplicar el rigor deductivo—popular en disciplinas como las matemáticas—al campo de la filosofía moral, en un intento de construir una ética que fuera suscrita por toda persona, so pena de irracionalidad.

Asimismo, Borges formula de manera simbólica dilemas típicos de la historia de la filosofía, como es el caso de las contradicciones que se dan en el mundo. La aparición o el descubrimiento de una contradicción constituye el primer paso para el nacimiento de la actividad filosófica. En efecto, ellas constituyen la esencia del problema canónico de la filosofía. Todo problema filosófico aparece como producto de una contradicción, o al menos una contradicción aparente. Por ejemplo, una de las cuestiones tradicionales de la filosofía es la pregunta por el ser, derivada de la aparente contradicción que sucede con el cambio, siendo a su vez la muerte uno de los más impactantes. ¿Cómo puede ser que lo que ha sido una vez ya no sea por más tiempo? ¿No es razonable pensar que ese ser no ha sido del todo destruido? ¿No parece plausible pensar que lo que ha habido ha sido un cambio y no una aniquilación? He ahí uno de los resortes de la actividad filosófica; he ahí lo que Borges parece indicar con esa pequeña mención a la aparente “inconexión” del rótulo del dorso de los libros y su contenido. De acuerdo con el testimonio del narrador, las letras del dorso de los libros de la Biblioteca “no indican o prefiguran lo que dirán las páginas,” es decir, no tienen relación con el contenido del libro (Borges 88). Añade justo después que “...esa inconexión, alguna vez, pareció misteriosa” en el pasado, pero ya no quita el sueño a los moradores de la Biblioteca, dato que parece una metáfora del impulso humano de conocer (88). Aquí resuena de nuevo Aristóteles, con su defensa de que es connatural al hombre el hecho de querer conocer, es decir, buscar explicaciones o conexiones. De hecho, las palabras de Borges nos hacen saber

que hoy en día tal inconexión no produce inquietudes, que el descubrimiento, con el paso del tiempo ya no supone una preocupación, lo cual sirve de metáfora acaso de nuestra época, donde ciertas cuestiones que otrora fueron capitales, ya no tienen demasiada importancia, y no porque se hayan solucionado o se haya dado una respuesta satisfactoria, sino porque hemos aprendido a convivir con ellas (símbolo de la modernidad y el nihilismo en el que desembocó).

Otra señal inequívoca de las alusiones simbólicas a la filosofía son los postulados de la Biblioteca. A lo largo del relato, se ofrecen un total de tres postulados que llevan el sello de la especulación filosófica, ya que se trata de proposiciones típicamente metafísicas, como por ejemplo el origen temporal de la Biblioteca o el de la identidad de los libros que la componen. Los tres postulados o principios son los siguientes: en primer lugar, “la biblioteca existe *ab aeterno*,” proposición de la cual se deriva el corolario de “la eternidad futura del mundo;” en segundo lugar, el narrador dice que “el número de símbolos ortográficos es veinticinco,” y, por último, que “no hay, en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos” (88-91). Este último no es expresado formalmente como un postulado, sino que es ofrecido como “un hecho que todos los viajeros han confirmado” (91). No parece nada razonable entonces aceptar o dar crédito a estos postulados, que suponen, como tantas otras aseveraciones de tipo metafísico, un orgullo de la razón y un intento de dar una explicación pese a la falta de certeza. Borges parece querer simbolizar con esto la actividad filosófica y todo lo que la ha venido caracterizando durante la historia. ¿Acaso tiene sentido especular sobre los orígenes de la Biblioteca si se desconoce en el fondo todo lo relativo a ella? Incluso la inmensa mayoría de sus contenidos son un misterio para los que la habitan (narrador incluido).

Asimismo, encontramos en el texto la mención a una entidad superior a los hombres que habitan la Biblioteca, como es el caso de demiurgos malévolos (88). Esta entidad fue



formulada por Platón para explicar la formación del mundo sensible, a falta de una forma mejor con la que dar cuenta de la realidad que captamos a través de los sentidos. También, se nos presenta en el relato la comparación que hacen “los impíos” de la Biblioteca con “una divinidad que delira” o del teísmo al estilo de Voltaire, que defendió la existencia de un Ser Superior creador del mundo, porque le repugnaba la idea de que el gran engranaje del mundo no tuviera su constructor, formulando su conocida frase, “no hay reloj sin relojero” (97).

Tal idea es la que dejan entrever las siguientes palabras del narrador, cuando dice que “el universo, con su elegante dotación de anaqueles, de tomos enigmáticos, de infatigables escaleras para el viajero y de letrinas para el bibliotecario sentado, sólo puede ser obra de un dios” (88-89). He aquí toda una burla del autor. Del hecho de que uno ignore algo o de que crea que se trata de una obra grandísima e inabarcable, no se sigue que haya sido un ser superior, cuyo nombre se desconoce y tampoco se sabe nada de él.

A propósito de esta cuestión acerca de la existencia de entidades superiores vinculadas a la creación y/o el funcionamiento del mundo, Ruiz y Castro han señalado con acierto en su artículo “Paradojas del pensamiento clásico como antecedentes de un cuento de J.L. Borges: La Biblioteca de Babel” la presencia de temas que se remontan al pensamiento clásico. En su escrito, se muestra que la prueba de la que se vale el narrador para creer que la Biblioteca ha tenido que ser obra de la divinidad, recuerda al argumento esgrimido por Cicerón—un mundo como el nuestro no puede ser resultado del azar, sino de la providencia divina. En efecto, leemos en el relato que “para percibir la distancia que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano garabatea en la tapa de un libro, con las letras orgánicas del interior: puntuales, delicadas, negríssimas, inimitablemente simétricas” (Borges 89).

No falta tampoco una tenue alusión al cristianismo, con la historia de “El Hombre del Libro” (95-96). El lector puede no estar seguro hasta que no se menciona a tal hombre como a “Él.” He ahí el detalle característico que se hace pensar en Jesucristo: “Yo soy el que soy.” En la línea del relato, se informa de que tales creencias están en declive, tal y como sucede hoy día con el cristianismo. Pese a que Borges señala que se trata de un culto anticuado, él mismo parece desear su verdad, cuando leemos que “ruego a los dioses ignorados que un hombre (...) lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros” (96). Esta actitud es típicamente posmoderna, pues refleja el “deseo de creer” de los hombres, pero dada la altura de los tiempos en la que se encuentran y el avance aparentemente imparable de las ciencias, les resulta inaceptable e incoherente.

El relato se cierra con una especulación del agotado y envejecido narrador sobre la naturaleza de la Biblioteca, cuando nos hace saber que se decanta por defender que “la Biblioteca es ilimitada y periódica” (99). El narrador expresa así su paz de espíritu, su satisfacción, no tanto por la posible verdad de su creencia, sino por su elegancia a nivel filosófico—de nuevo hace una mofa hacia ciertas actitudes filosóficas, ya que en muchas ocasiones ha triunfado un sistema, no tanto por su eficacia, sino por su “elegancia,” algo que nos recuerda, entre muchos otros, a Leibniz y en la “elegancia” de su filosofía hecha ad hoc para justificar ciertas pretensiones personales. Tiene razón Bernat Castany Prado cuando defiende en su artículo “Modernidad y nihilismo en «La Biblioteca de Babel» de Jorge Luis Borges” la tesis de que el relato es una metáfora de la cosmovisión moderna en crisis. Además de lo defendido hasta ahora, el lector puede constatar cómo el relato acaba pasando de la descripción y características de la Biblioteca hasta la crónica de uno de sus “imperfectos bibliotecarios.” El pobre hombre ha envejecido sin encontrar lo que buscaba, y su frustración lo ha llevado al nihilismo. “La Biblioteca de Babel” es para Castany Prado “una profunda y

melancólica reflexión acerca de la agonía, muerte y luto de la razón moderna” (Castany Prado 81).

En definitiva, frente a las múltiples lecturas a las que se presta “La Biblioteca de Babel,” la interpretación del relato como una metáfora del transcurso de las ideas formuladas a lo largo de la historia de la filosofía, así como la trayectoria biográfico-filosófica de cualquier individuo que se adentre en su campo para explicar lo real, parece encajar mejor que ninguna otra, dadas las abundantes alusiones reflejadas en un texto tan breve como profundo y simbólico. Aunque las interpretaciones “literales” del relato tienen sin duda su interés y su papel, no parece razonable quedarse en ellas. “La Biblioteca de Babel” es susceptible a múltiples interpretaciones, si bien la metáfora de la realidad humana enlazada con la historia de la filosofía parece la más adecuada.

Obras citadas

Block de Behar, Lisa. "The Place of the Library." *Latin American Literary Review*. 58 (2001): 55-72.

Borges, Jorge Luis. "La Biblioteca de Babel." *Ficciones*. Madrid: Alianza, 2008. 86-99.

Martínez Morales, Manuel. "Entropía y complejidad en *La Biblioteca de Babel*." *La Palabra y el Hombre*. 82 (1992): 249-257

Perera San Martín, N. "La nième lecture de La Bibliothèque de Babel de Jorge Luis Borges." *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*. 21 (1973): 31-41.

Rodríguez Navas, Ana B. "Interpelación y ruptura en 'La Biblioteca de Babel' y 'El Aleph' de Jorge Luis Borges." *Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*. 22 (2006): 201-206.

Ruiz, M. y Castro, J.D. "Paradojas del pensamiento clásico como antecedentes de un cuento de J. L. Borges: La Biblioteca de Babel." *Literatura iberoamericana y tradición clásica*. Universidad Autónoma de Barcelona (1999): 387-391.

Toca Fernández, Antonio. "Construir la Biblioteca de Babel: un tributo a Borges." *Plural: revista cultural de Excelsior* (1989): 41-44.